

Imaginóse, á fuerza de ser comparado con Camilo y de usar los objetos que éste había usado, que él era el mismo Camilo y que se identificaba con su víctima.

Su cerebro estallaba, y entonces se arrojaba sobre su mujer para hacerla callar, para no oír más las palabras que le llevaban al delirio.

Todas sus querellas terminaban á golpes.

XXX

Llegó un momento en que la señora Raquín, para librarse de los sufrimientos que la atormentaban, tuvo la idea de dejarse morir de hambre.

Ya le faltaba valor y no podía aguantar más tiempo el martirio que le causaba la continua presencia de los asesinos; deseaba encontrar en la muerte un supremo alivio, y sus angustias eran más intensas de día en día cuando Teresa la abrazaba ó Lorenzo la acogía en sus brazos para llevarla como á un niño.

Determinó librarse de aquellas caricias y de aquellos brazos, que tanto la horrorizaban.

La que no tenía suficiente vida para vengar á su hijo, prefería estar muerta del todo y no dejar entre las manos de los asesinos sino un cadáver que nada sentiría, y del cual podrían hacer lo que quisieran.

Durante dos días rechazó todo alimento, empleando sus postreras fuerzas en apretar los dientes, arrojando lo que se conseguía introducirle en la boca. Teresa estaba desesperada, preguntándose á sí misma al pie de qué guardacantón iría á llorar y arrepentirse cuando su tía hubiera dejado de existir.

Dirigió á ésta interminables discursos para probarle que debía vivir; gemía y aun se desesperaba, reproduciendo sus antiguos arrebatos y abriendo las quijadas de la parálitica, como se abren las de un animal cuando se resiste; pero la señora Raquín se mantenía firme en su resistencia. Aquella era una lucha repugnante.

Lorenzo permanecía neutral é indiferente, admirando el empeño de Teresa por impedir el suicidio de la imposibilitada: ya que la presencia de la vieja le era inútil, deseaba que muriese.

El no la hubiera matado; pero toda vez que ella deseaba morir, no veía la necesidad de negarla los medios.

—¡Y bien! ¡Déjala!—decía á su mujer.—Así nos libramos de semejante estorbo... y acaso estaremos más felices cuando ya no exista..

Estas frases, repetidas con frecuencia, causaron á la señora Raquín extraña emoción; temió que se realizase la esperanza de Lorenzo, y que después de su muerte el matrimonio gozase horas de sosiego y de dicha, y entonces se dijo á sí misma que era una cobardía morir, que ella no tenía el derecho de suicidarse sin asistir al desenlace de la siniestra aventura, y que hasta entonces no debería bajar á la tumba para decir á Camilo:

«Estás vengado...»

La idea del suicidio la mortificó cuando repentinamente pensó en la ignorancia que la acompañaría al sepulcro: allí en medio del frío y del silencio de la tierra, dormiría eternamente atormentada por la incertidumbre del castigo de sus verdugos.

Para dormir tranquilamente el sueño de la muerte necesitaba adormecerse en la aguda alegría de la venganza, y llevar consigo un sueño de odio satisfecho; sueño que duraría toda una eternidad.

La parálitica tomó entonces los alimentos que le dió su sobrina, y consintió en seguir viviendo.

Por otra parte, adivinaba que el desenlace no podía hacerse esperar: cada día la situación entre los esposos era más tirante, más insostenible.



Era inminente un rompimiento que lo pondría todo de manifiesto: Teresa y Lorenzo se mostraron á cada instante más amenazadores el uno para con el otro; ya no era sólo por la noche cuando sufrían de su misma intimidad, sino que pasaban los días

enteros en medio de la ansiedad y las crisis más desgarradoras.

Todo era en ellos terror y sufrimiento: vivían en un infierno pegándose, convirtiéndose en amargo y cruel todo cuanto hacían y decían, impeliéndose mutuamente al fondo del abismo que tenían bajo sus pies y cayendo juntos.

Ambos á la vez habían concebido la idea de separarse, y había pensado cada cual en ir á disfrutar de algún reposo lejos de aquel pasaje del Pont-Neuf, cuya humedad y porquería parecían hechas para su vida de desolación; pero no se atrevían, y no podían huir: no despedazarse mutuamente, no estar allí para sufrir y hacer sufrir les parecía imposible.

Tenían la terquedad del aborrecimiento y de la crueldad.

Una especie de repulsión y de atracción les separaba y les retenía á la vez, y sentían la sensación extraña de dos personas que, después de haber reñido, quieren separarse, y, sin embargo, vuelven siempre para inferirse mutuamente nuevas injurias y recriminaciones.

Se oponían además á su separación obstáculos materiales: no sabían qué hacer de la parálitica, ni qué decir á sus invitados de los jueves, y si huían, podían producir sospechas, y acaso serían perseguidos y se les guillotinaría.

Se quedaban, pues, por cobardía y continuaban arrastrándose miserablemente en el horror de su existencia.

Cuando Lorenzo no estaba allí, durante la mañana y por la tarde, Teresa iba, inquieta y turbada, del comedor á la tienda, sin saber cómo llenar el vacío que cada día se agrandaba á su alrededor, y se encontraba como si faltase algo cuando no estaba llorando á los pies de la señora Raquín ó no era apaleada ó injuriada por su marido.

Sola en la tienda, se apoderaba de ella el abatimiento: miraba con aire atontado á las personas que atravesaban la sucia y ennegrecida galería; se entristecía hasta morir en el fondo de aquella cueva sombría, oliendo á cementerio, y acababa

por rogar á Susana que la acompañase días enteros, esperando que la presencia de aquella pobre criatura, dulce y pálida, la calmase.

Susana aceptó la invitación con alegría, porque profesaba á Teresa amistad respetuosa, y hacía mucho tiempo que deseaba venir á trabajar junto á ella mientras Olivier estaba en su oficina: trajo, pues, su labor y se colocó detrás del mostrador en el lugar que acostumbraba á ocupar la señora Raquín.

Teresa, desde aquel día desatendió un poco á su tía, y subió menos frecuentemente á llorar sobre sus rodillas y besar su rostro muerto; tenía otra ocupación: escuchaba empeñándose en hacerlo con interés la pausada conversación de Susana, que hablaba de su hogar, y de las bagatelas de su monótona vida. Esto la distraía, y algunas veces comprendió que se interesaba por necedades, lo que la hizo sonreír amargamente.

•••

Poco á poco perdió Teresa toda la clientela que frecuentaba la tienda: desde que su tía se hallaba amarrada en su butaca, aquella dejaba pudrirse la tienda y abandonaba las mercancías al polvo y á la humedad.

Notábanse olores de moho; las telarañas pendían del techo, y el suelo casi nunca se barría.

Por otra parte, lo que más ahuyentó á las parroquianas, fué el modo extraño con que Teresa las recibía algunas veces.

Cuando estaba arriba, maltratada por Lorenzo ó dominada por una crisis de terror, y sonaba la campanilla de la puerta de la tienda, tenía que bajar casi sin tiempo de peinarse ni de enjugar sus lágrimas, y entonces servía con desagrado á la parroquiana que la esperaba y aun muchas veces no se tomaba el trabajo de servirla, respondiendo desde lo alto de la escalera de caracol que ya no que daba de aquello que la pedían.

Estos modales poco atractivos no eran á propósito para conservar la clientela, y las modisti-

llas del barrio, acostumbradas á la carifiosa amabilidad de la señora Raquín, se retiraron ante la rudeza y las miradas locas de Teresa.

Cuando ésta se llevó á Susana á su lado, la deserción fué completa; las dos jóvenes, para no ser molestadas en sus conversaciones, se arreglaron de manera que despidieron á las últimas compradoras que aun se solían presentar, y desde entonces el comercio de mercadería ya no suministró ni cinco céntimos para las atenciones de la casa, y fué necesario acudir al capital de los cuarenta y tantos mil francos.

Algunas veces salía Teresa y estaba fuera durante toda la tarde, sin que nadie supiera á dónde iba. Sin duda se había llevado á Susana consigo, no sólo para que la acompañara, sino para que vigilase la tienda durante sus ausencias.

Por la noche, cuando volvía, postrada, mostrando el abatimiento en sus ojos; encontraba á la mujer de Olivier detrás del mostrador, medio dormida, sonriendo vagamente, en la misma actitud en que la había dejado cinco horas antes.



A los cinco meses, poco más ó menos, de su casamiento, Teresa quedó sorprendida con espanto: ¡había adquirido la certidumbre de que se hallaba en cinta!

La idea de tener un hijo de Lorenzo la parecía monstruosa, y sin poder explicar el por qué, tenía un vago temor de dar á luz un ahogado; parecía sentir en sus entrañas el frío de un cadáver disuelto y reblandecido; quiso á todo precio arrojar de su seno aquella criatura, que la helaba y que no podía soportar más.

Nada dijo á su marido, y un día, después de haberle provocado cruelmente, como quiera que él levantase el pie para pegarla, ella presentó el vientre recibiendo un golpe que la puso en peligro de muerte.

Al día siguiente abortó.

Lorenzo también arrastraba una existencia ho-

rrorosa: los días le parecían insoportablemente largos, y cada uno de ellos traía las mismas angustias, los mismos disgustos que le agobiaban á horas fijas, con una monotonía y una regularidad aniquiladoras.

Arrastrábase en su propia vida, asustado cada noche por el recuerdo de la jornada y por los tormentos del mañana.

Sabía que en adelante todos sus días se parecerían, que todos le traerían iguales sufrimientos, y veía las semanas, los meses y los años que le esperaban, sombríos é implacables, viniendo en fila á caer sobre él, ahogándole paulatinamente.

Cuando lo porvenir carece de esperanza, lo presente adquiere insoportable amargura. Lorenzo no se exaltaba ya: se apoltronaba, se abandonaba á la nada, que iba apoderándose de su sér.

Le mataba la ociosidad; por la mañana salía sin saber á donde ir, disgustado con la idea de hacer lo que había hecho la víspera, y obligado á pesar suyo á volverlo á hacer; regresaba á su taller por costumbre, por manía, y aquella habitación de paredes grises, desde la cual sólo se veía un desierto pedazo de cielo, le llenaba de horrible tristeza.

Revolvase en su diván con los brazos caídos y el pensamiento entorpecido.

Por otra parte no se atrevía ya á tocar sus pinceles: había hecho nuevas tentativas, y siempre el rostro de Camilo se había presentado sobre el lienzo riendo á carcajadas, y por no llegar á la locura, acabó por arrojar la caja de colores á un rincón é imponerse la pereza más completa.

Esta pereza voluntaria abrumábale en extremo. Por la tarde se preguntaba, lleno de ansiedad, en qué se ocuparía, y quedábase parado más de media hora en la acera de la calle Mazarine, consultándose y titubeando acerca de las distracciones que podría procurarse.

Rechazando la idea de volverse á su taller, se decidía á bajar por la calle de Guénégaud, y andaba después á lo largo de los muelles, paseando hasta

la noche, acometido de bruscos estremecimientos cuando miraban al Sena.

Ya estuviere en el taller, ya en las calles, su postración era la misma.

Al día siguiente volvía á empezar; pasaba la mañana sobre el diván, y por las tardes volvía á pasear por los muelles y esto duraba desde hacía dos meses y podía durar algunos años.

Lorenzo pensaba á veces que había matado á Camilo para no ocuparse después en nada, y ahora se admiraba de que nada hacía y de padecer tanto.

Hubiera querido esforzarse por ser feliz; demostrábase que no tenía razón de sufrir, que acababa de tocar la suprema felicidad, que consistía en cruzarse de brazos, y que era un imbécil no disfrutando en paz de esta felicidad; pero sus raciocinios venían á tierra ante los hechos, y se veía obligado á confesar que su ociosidad exacerbaba sus angustias, dejándole todas las horas de su vida para pensar en su desesperación y en profundizar su amargo é incurable rigor.

La pereza, esa existencia del bruto con que había soñado, era su propio castigo.

A veces deseaba con vehemencia una ocupación que le sacase de sus pensamientos, y después se dejaba ir, y volvía á caer á los pies de la ciega fatalidad, que ligaba sus miembros para aplastarle con mayor certeza.

••

Realmente Lorenzo no experimentaba alivio sino cuando pegaba á Teresa por la noche: esto le sacaba de su torpe dolor.

Su más agudo sufrimiento, sufrimiento físico y moral, provenía de la mordedura que Camilo le había hecho en el cuello, y en ciertos momentos se imaginaba que aquella cicatriz le cubría todo el cuerpo.

Si llegaba á olvidar lo pasado, una ardiente comezón que el creía sentir, recordaba el asesinato á su carne y á su espíritu.

No podía mirarse á un espejo sin ver cumplirse

el fenómeno que tantas veces había notado, y que siempre le aterraba: bajo la emoción que experimentaba, la sangre se agolpaba á su cuello y enrojecía la herida, la cual empezaba como á roerle la piel, y esta especie de herida que vivía en él, despertándose, enrojeciéndose, mordiéndole á la menor excitación, le asustaba y atormentaba, acabando por creer que los dientes del ahogado habían introducido una bestia que le devoraba.

El sitio de su cuello en que se hallaba la cicatriz no le parecía pertenecer á su cuerpo: era como un pedazo de carne ajena que se hubiese colocado en aquel sitio, como una carne emponzoñada que pudría sus propios músculos.

De esta manera llevaba á todas partes consigo mismo el recuerdo vivo y devorador de su crimen.

Teresa, cuando él la maltrataba, procuraba arañarle en aquel sitio: muchas veces hincaba en él sus uñas, haciéndole aullar de dolor; ordinariamente ella fingía la mordedura, á fin de hacérsela más insoportable á Lorenzo.

Toda la venganza que sacaba de sus brutalidades era la de martirizarle con ayuda de aquella mordedura.

Muchas veces, al afeitarse, había tenido tentación de cortarse algo el cuello para hacer desaparecer las señales de los dientes del ahogado: ante el espejo, cuando se lavaba la barba y percibía la mancha encarnada bajo la blanca espuma de jabón, se exasperaba de pronto y se aproximaba con viveza la navaja, con propósito de cortar un pedazo de carne, pero el frío del acero sobre la piel le hacía volver de su acuerdo; desfallecía y se veía obligado á sentarse y esperar á que, repuesto de su cobardía le fuese posible afeitarse.

No salía de noche de su entorpecimiento sino para sumirse en una cólera ciega y pueril.

Luego que se había cansado de reñir con Teresa y maltratarla, daba, como los niños, patadas en la pared, buscando alguna cosa que romper.

Esto le aliviaba.

Tenía un odio particular hacia el gato atigrado

«Francisco», que desde que llegaba, se refugiaba en las rodillas de la parálitica, y si Lorenzo no le había matado aún, era porque en verdad, no se atrevía á cogerlo.

El gato le miraba con grandes ojos redondos de una fijeza diabólica; aquellos ojos siempre abiertos y fijos sobre él, le desesperaban y preguntábase qué querían decirle, que nunca se separaban de él, y acabó por espantarse verdaderamente, imaginando cosas absurdas.

Cuando en la mesa, en un momento cualquiera, en medio de una disputa ó de un largo silencio, Lorenzo volvía la cabeza y veía de pronto la mirada de «Francisco», que le examinaba con implacable fijeza, palidecía, perdía la cabeza y estaba á punto de gritar al gato:

—¡Eh! habla, dime al fin qué quieres de mí...

Cuando podía pisarle en una pata ó en la cola, lo hacía con una alegría espantosa, y entonces los maullidos del pobre animal le llenaban de terror, como si hubiera oído el grito de una persona.

Lorenzo tenía verdadero miedo de «Francisco», y sobre todo desde que este último vivía en las rodillas de la imposibilitada, como en el seno de una fortaleza inexpugnable, desde donde podía dirigir impunemente sus verdes ojos sobre su enemigo.

El asesino de Camilo establecía una vaga semejanza entre aquel animal irritado y la parálitica, y se decía, en fin, que el gato, así como la señora Raquín, conocía el crimen y le denunciaría si algún día llegase á hablar.

Al fin, una noche «Francisco» miró con tal fijeza á Lorenzo, que éste, en el colmo de su irritación, decidió acabar con él.

Al efecto, abrió de par en par por la ventana del comedor, y fué á coger al gato por el cuello.

La señora Raquín lo comprendió y corrieron por sus mejillas dos gruesas lágrimas.

El gato se puso á «blasfemar» y á retorcerse, procurando morder la mano de Lorenzo; pero éste lo sujetó con firmeza: hizo dar al animal dos ó tres

vueltas y lo lanzó con todas sus fuerzas contra el gran muro negro de enfrente.

«Francisco» se aplastó allí, se rompió el espinazo y cayó sobre los cristales del pasaje.

Durante toda la noche el pobre animal se arrastró á lo largo del canal de desagüe, partido en dos, lanzando roncós maullidos.

Aquella noche la señora Raquín lloró á «Francisco» casi tanto como había llorado á Camilo; Teresa tuvo un ataque atroz de nervios.

Los quejidos del gato eran siniestros, en la sombra, debajo de las ventanas,

•••

No tardó Lorenzo en experimentar nuevas inquietudes; se asustó de ciertos cambios que observó en la actitud de su mujer.

Teresa se puso sombría y taciturna: no prodigaba ya á la señora Raquín sus efusiones de arrepentimiento ni sus besos de gratitud.

Ante la parálitica tomaba nuevamente un aspecto de fría crueldad y de egoísta indiferencia.

Hubiérase dicho que habiendo ensayado fingir remordimientos y no habiendo con ello conseguido tranquilizarse, había adoptado otro remedio: su tristeza procedía, sin duda, de su impotencia para calmar su vida.

Miró á su tía con una especie de desdén, como una cosa inútil que ya no podía servirla de consuelo, y no la prodigó más cuidados que los necesarios para no dejarla morir de hambre.

A partir de este momento, muda y agobiada, estuvo como arrastrándose por la casa; multiplicó sus salidas, y se ausentó hasta cuatro ó cinco veces por semana.

Estos cambios sorprendieron y alarmaron á Lorenzo.

Creó que los remordimientos, tomando una nueva forma en Teresa, se manifestaban ahora por aquel aburrimiento que observaba en ella, y pare-

cióle esto más alarmante que las frases de desesperación con que antes le agobiaba.

Ella nada decía ya, no buscaba riñas; parecía guardárselo todo en el fondo de su sér.

Más hubiera querido oírla agotar su sufrimiento, que verla así, encerrada en sí misma.

Temió que un día la angustia la ahogase y que para aliviarse, fuera á contárselo todo á un sacerdote ó á un juez de instrucción.

Las numerosas salidas de Teresa tomaron entonces á sus ojos aterradora significación.

Pensó que ella buscaba un confidente fuera de casa y que preparaba una traición.

Dos veces quiso seguirla, y la perdió en las calles.

La vigiló nuevamente, pues un pensamiento fijo se apoderó de él: Teresa iba sin duda á hacer revelaciones, no pudiendo aguantar ya más sus sufrimientos, y era necesario amordazarla y detener la confesión en su garganta.

XXXI

Una mañana Lorenzo, en lugar de subir á su taller, se colocó en casa de un tabernero que se hallaba en una esquina de la calle Guénégaud, enfrente del pasaje.

Desde allí se puso á observar las personas que desembocaban por la acera de la calle Mazarine. Acechaba á Teresa.

La víspera había dicho ésta que saldría temprano, y que probablemente no volvería hasta la noche.

Lorenzo esperó más de media hora; sabía que su mujer iba siempre por la calle Mazarine, temió empero un momento, que se hubiera escapado tomando por la calle de Sena.

Se le ocurrió volver á entrar en la galería y ocultarse en el corredor mismo de la casa.

Hallábase impaciente, cuando vió á Teresa salir precipitadamente del pasaje.

Iba vestida de claro, y por primera vez notó

Lorenzo que parecía una meretriz, con un traje de cola larga, y contoneándose de un modo provocativo por la acera, mirando á los hombres, levantándose muy arriba las faldas por delante, luciendo sus piernas, las botas y las medias blancas.

Subió por la calle Mazarine, y Lorenzo la siguió.

El tiempo estaba sereno; la joven andaba despacio, con la cabeza algo echada atrás, el cabello sobre la espalda, y los hombres que la habían visto de frente volvían la cabeza para verla por detrás.

Tomó por la calle de l'Ecole de Médecine, y entonces Lorenzo quedó aterrado, porque sabía que había cerca de allí un comisario de policía, y se dijo que ya no podía dudar de que su mujer iba seguramente á delatarle; entonces propúsose lanzarse sobre ella si la veía franquear la puerta del comisariado, suplicarla, maltratarla, y forzarla, en fin, á callar.

En la esquina de una calle vió á un municipal que pasaba, y tembló pensando que ella iba á hablarle; ocultóse en el hueco de una puerta, sobrecogido por el miedo de ser detenido en el acto si se presentaba.

Aquel paseo fué para él un verdadero suplicio; mientras su mujer ostentábase al sol por la acera, arrastrando sus enaguas, suelta é impúdica, él iba detrás de ella pálido y tembloroso, repitiéndose que todo había acabado, que no podía salvarse y que le guillotinarían.

Cada paso que la veía dar le parecía un paso más hacia el castigo; el miedo le inspiraba una especie de ciega convicción, y los menores movimientos de la joven aumentaban su incertidumbre.

El la seguía, iba á donde iba ella, como se va al suplicio.

De repente, al desembocar en la antigua plaza de Saint-Michel, Teresa se dirigió hacia un café que entonces había en la esquina de la calle Monsieur-le-Prince, y se sentó en medio de un grupo de mujeres y de estudiantes, en una de las mesas colocadas en la acera.

Dió familiarmente la mano á todo el mundo, y después pidió una copa de ajenjo.

Teresa parecía estar á gusto, hablaba con un joven rubio, que sin duda la esperaba allí hacía rato.

Dos mujeres de vida alegre fueron á sentarse en la mesa que ocupaba Teresa, y empezaron á tutearla con voz enronquecida.

Alrededor suyo las mujeres fumaban cigarrillos; los hombres las abrazaban en medio de la calle, delante de los transeuntes, los cuales ni siquiera volvían la cara.

Las palabrotas y las risas estrepitosas llegaban hasta Lorenzo, que se había quedado inmóvil al otro lado de la plaza, medio oculto en una puerta cochera.

Cuando Teresa hubo sorbido su ajenjo, se levantó, tomó el brazo del joven rubio y ambos bajaron por la calle de la Harpe.

Lorenzo les siguió hasta la calle de Saint-Andrés-Arcs, y allí les vió entrar en un hotel amueblado, y se quedó en medio del arroyo mirando á la fachada de la casa. Su mujer se asomó un instante á una ventana abierta del segundo piso, y después él creyó distinguir las manos del joven rubio que cogían á Teresa por el talle.

Se cerró la ventana con un ruido seco.

Lorenzo lo comprendió todo; y sin esperar más se marchó tranquilo, calmado, dichoso.

—¡Bah!—se decía bajando hacia el muelle.—Más vale así. De ese modo ella tiene una ocupación y no piensa en lo malo... ¡Vaya, es mucho más lista que yo!

Lo que le admiraba era que él no hubiera sido el primero en tener la idea de darse al vicio; en el que podía encontrar un remedio contra el terror.

No había pensado en ello porque su carne había muerto y no sentía el menor apetito de disipación.

La infidelidad de su mujer le dejaba completamente frío, sin experimentar alteración ninguna en su sangre ni en sus nervios, pensando que su mujer se hallaba en los brazos de otro hombre; al con-

trario, esto le parecía gracioso; figurábase que él había seguido á la mujer de un camarada, y se reía de la pasada que aquella mujer jugaba á su marido.

Teresa había llegado á ser tan extraña que no la sentía vivir en su pecho; él la hubiera vendido y entregado cien veces para comprar una hora de tranquilidad.

Lorenzo se puso á callejear, gozando de la reacción brusca y afortunada que acababa de hacerle pasar del espanto á la paz.

Casi agradecía á su mujer el haber ido á casa de un amante cuando él creyó que acudía á la de un comisario de policía.

Aquella aventura tuvo un desenlace del todo imprevisto que le sorprendió agradablemente. Lo que Lorenzo vió más claro en todo esto, fué que no debía lanzarse en el vicio para ver si éste le aliviaba, distrayéndole de sus pensamientos.

Al volver Lorenzo por la noche á la tienda, se propuso pedir á su mujer algunos miles de francos, para conseguir lo cual, recurriría á grandes extremos.

Pensaba en que los vicios cuestan caros á un hombre, y envidiaba la suerte de las jóvenes, que pueden venderse.

Esperó con paciencia á Teresa, que aun no había regresado, y cuando ésta llegó la trató con dulzura, sin hablarla de su espionaje matutino.

Ella estaba borracha, y sus vestidos, desarreglados, exhalaban ese olor acre de tabaco y licor que se respira en los cafetines; casi derrengada, con el rostro sembrado de manchas lívidas, se tambaleaba, aturdida por las innobles fatigas de la jornada.

La comida fué silenciosa

Teresa no comió; á los postres Lorenzo puso los codos sobre la mesa, y le pidió rotundamente cinco mil francos.

—No—respondió su mujer con sequedad.—Si yo te dejase libre, tú nos arruinarías... ¿Ignoras nuestra posición? Vamos derechitos á la miseria.

—Es posible—replicó él tranquilamente, —pero no me importa; yo quiero dinero.

—¡No, y mil veces no!... Has abandonado tu destino; el comercio de mercería no produce nada, y no podemos vivir con las rentas de mi dote. Todos los días cerceno algo del capital para alimentarte y darte los cien francos mensuales que me has arrancado. ¿No obtendrás más. Lo entiendes? Es inútil.

—Reflexiona y no niegues así: te digo que quiero cinco mil francos y los tendré; á pesar tuyo me los darás.

Esla tranquila terquedad irritó á Teresa y acabó de emborracharla.

—¡Ah! Ya sé,—gritó,—que quieres acabar como has principiado... Hace cuatro años que te mantenemos. No has venido á nuestra casa sino para comer y beber, y desde entonces vives á costa nuestra. El señor no hace nada; el señor se ha arreglado de modo que vive á expensas mías, con los brazos cruzados... No, tú no tendrás nada, ni un céntimo... ¿Quieres que te lo diga? ¡Pues bien! Eres un...

Y pronunció el vocablo. Lorenzo, riendo y alzando los hombros, se contentó con responder:

—Aprendes bonitas palabras en el mundo en que vives ahora.

Esta fué la única alusión que se permitió hacer acerca de los amores de Teresa.

Esta alzó vivamente la cabeza y dijo con un tono agrio:

—En todo caso, no vivo con asesinos.

Lorenzo palideció y guardó un momento silencio, fijando sus ojos en los de su mujer.

Después, con voz trémula:

—Escucha, hija mía—replicó,—no nos enfademos: eso no serviría de nada, ni para tí ni para mí. Estoy al cabo de mi valor. Será prudente que entendamos, si no queremos que nos suceda una desgracia... Te pido cinco mil francos porque los necesito; y aun puedo decirte que pienso emplearlos en asegurar nuestra tranquilidad.

Y sonriendo de un modo extraño, prosiguió:

—Veamos, reflexiona; dime tu última palabra.

—Está todo reflexionado—respondió Teresa;—te lo he dicho: no tendrás ni un céntimo.

Su marido se levantó con violencia.

Ella temió que la pegase y se encogió, decidida á no ceder á los golpes; pero Lorenzo no se la acercó siquiera, contentándose con declararle friamente que estaba cansado de la vida y que iba á referir la historia del asesinato al comisario de policía del barrio.

—Tú me obligas á ello—dijo,—me haces insoporrible la existencia. Prefiero concluir con todo... Seremos juzgados y condenados los dos. He ahí todo.

—¿Crees asustarme?—le respondió su mujer.—Tan cansada estoy yo como tú. Yo soy quien va á casa del comisario de policía, si tú no lo haces. ¡Ah! ¡Bien! Estoy pronta á seguirte al patíbulo; no tengo tu cobardía... Vamos, ven conmigo á casa del comisario.

Teresa se había levantado, dirigiéndose hacia la escalera.

—Eso es—balbuceó Lorenzo,—vamos allá juntos.



Cuando hubieron bajado á la tienda se miraron inquietos, aterrados: parecióles que les acababan de clavar en el suelo.

Los contados segundos que habían invertido en descender la escalera, fueron suficientes para mostrarles en un rayo de luz las consecuencias de una denuncia.

Ambos vieron simultáneamente los gendarmes, la prisión, el jurado, la guillotina; todo esto lo vieron de golpe y con claridad, y en el fondo de su sér experimentaron el desaliento; estaban á punto de echarse de rodillas el uno ante el otro para suplicarse mutuamente no revelar nada y quedarse en casa.

El miedo, el embarazo, les mantuvo inmóviles y mudos durante dos ó tres minutos. Teresa fué quien primero se decidió á hablar y á ceder.

—Después de todo—dijo,—soy bien tonta al disputarte ese dinero. Acabarás siempre por comérmelo un día ú otro. Tanto vale que te lo entregué en seguida.

No intentó ocultar más su derrota: sentóse junto al mostrador y firmó un bono de cinco mil francos, que Lorenzo debía percibir en casa de un banquero.

Aquella noche no se habló más del comisario.

Luego que Lorenzo tuvo oro en sus bolsillos, se emborrachó, frecuentó el trato de las prostitutas, se arrastró por una vida escandalosa y disipada; no iba á dormir á su casa, y descansaba de día; corría por la noche buscando emociones fuertes, procurando huir de la realidad.

Pero sólo consiguió abatirse más.

Cuando se gritaba en torno suyo, comprendía el grande y terrible silencio que reinaba en su interior; cuando le abrazaba una querida, cuando vaciaba una copa, sólo encontraba en el fondo de la saciedad una lúgubre tristeza.

El no servía ya para la lujuria, ni la glotonería; su sér, enfriado, y como rígido en el interior, se enervaba con las caricias y los festines; harto, no lograba dar cuerda á su imaginación ni excitar sus sentidos y su estómago.

Sufría más esforzándose en el vicio, y esto era todo cuanto conseguía.

Luego, cuando volvía y veía nuevamente á la señora Raquín y á Teresa, su cansancio le entregaba á crisis horribles de terror.

Entonces juraba no salir más, y permanecer encerrado con su dolor para acostumbrarse á él y vencerlo.

Teresa, por su parte, salía con menos frecuencia; durante un mes vivió, como Lorenzo, por las aceras, en los cafés.

Regresaba á su casa un instante por la noche daba de comer á la señora Raquín; la acostaba se ausentaba de nuevo hasta el día siguiente.

En una ocasión, ella y su marido, estuvieron cuatro días sin verse.

Después ella sintió profundos disgustos; comprendió que el vicio no le daba mejor resultado que la comedia del remordimiento: en vano se había arrastrado por todos los hoteles amueblados del barrio Latino; en vano tuvo una vida crapulosa.

Sus nervios estaban gastados; el vicio, los placeres físicos, no la producían emociones bastante violentas para procurarle el olvido; estaba como uno de esos borrachos cuyo paladar, abrasado por la bebida, queda insensible al fuego de los liciores fuertes.

Quedaba inerte en la lujuria, y no hallando cerca de sus amantes sino el fastidio y el cansancio, les abandonó, comprendiendo que le eran inútiles.

Fué presa de una pereza desesperada, que le retuvo en casa mal vestida, con enaguas sucias, sin peinar y con las manos y la cara puercas.

Cayó en la suciedad.

Cuando los dos asesinos volvieron á encontrarse frente á frente, cansados, agotados los medios de huir el uno del otro, comprendieron que no tendrían ya fuerza para luchar.

La disipación les había rechazado y acababa de sumirles otra vez en sus angustias.

Estaban nuevamente instalados en la sombría y húmeda habitación del pasaje, donde se hallaban como presos para lo sucesivo, porque muchas veces habían intentado la salvación, y jamás pudieron romper el vínculo sangriento que les ligaba; así que no trataron ya de emprender una tarea imposible.

Sentíanse de tal manera impelidos, agobiados y ligados por los hechos, que estaban convencidos de que toda rebelión sería ridícula.

Recobraron su vida común, pero transformándose en rabia furiosa el odio que se profesaban.

Las disputas nocturnas se reanudaron, y los golpes y los gritos duraban todo el día.

Al odio vino á unirse la desconfianza, y ésta acabó por volverlos locos.

Tuvieron miedo el uno del otro.

La escena que siguió á la demanda de los cinco mil francos, se reprodujo pronto por mañana y tarde.

Su idea fija era que ambos querían entregarse mutuamente, y no salían de ahí.

Cuando uno de ellos decía una palabra ó hacía un ademán, el otro imaginaba que aquél tenía el proyecto de ir á casa del comisario de policía, y entonces se pegaban ó se imploraban.

En su cólera, gritaban que correrían á revelarlo todo y se espantaban hasta morir; luego se estremecían, se humillaban y se prometían con lágrimas amargas guardar silencio.

Sufrían horriblemente, pero no tenían valor para curarse poniendo un hierro candente sobre la llaga.

Si se amenazaban con confesar el crimen, era únicamente para amedrentarse y desvanecer aquella idea, pues jamás hubieran tenido fuerza suficiente para hablar y buscar la paz en el castigo.

Más de veinte veces llegaron hasta la puerta del comisario de policía, siguiéndose el uno al otro; ya era Lorenzo el que quería revelar el asesinato; ya Teresa, que corría á entregarse.

Ambos se alcanzaban siempre en la calle, y resolvían esperar aún, después de haber cambiado insultos y ruegos ardientes.

Cada nueva crisis aumentaba su rabia y su inquietud.

Desde la mañana á la noche se esperaban mutuamente.

Lorenzo no salía nunca de la habitación del pasaje, y Teresa no le dejaba salir solo.

Sus sospechas, sus temores de revelación les aproximaron, uniéndoles en atroz infimidad.

Nunca, desde su enlace, habían vivido tan estrechamente ligados, ni jamás habían sufrido tanto.

Pero á pesar de las angustias que se imponían, no se perdían de vista, prefiriendo aguantar los dolores más agudos á separarse durante una hora.

Si Teresa bajaba á la tienda, Lorenzo la seguía por temor de que hablase con alguna parroquiana.

si Lorenzo se ponía á la puerta, mirando á las gentes que atravesaban el pasaje, Teresa se colocaba á su lado para ver si hablaba con alguien.

El jueves por la noche, cuando los invitados estaban allí, los asesinos se dirigían miradas suplicantes, se escuchaban con terror, recelando cada cual la confesión de su cómplice, y dando á las frases comenzadas sentidos comprometedores.

Semejante estado de guerra no podía durar más.

Teresa y Lorenzo llegaron á soñar cada cual por su parte, en huir por medio de un nuevo crimen de las consecuencias del primero.

Era absolutamente necesario que uno de ellos desapareciese para que el otro disfrutase de algún reposo.

Ocurrióseles esta idea á un tiempo, y los dos sintieron la urgente necesidad de una separación eterna: el asesinato, que acudió á la mente de ambos, les pareció natural, fatal, como algo forzosamente traído por el asesinato de Camilo.

No lo discutieron siquiera, y aceptaron el proyecto como único medio de salvación.

Lorenzo decidió matar á Teresa, porque ésta le molestaba, podía perderle con una palabra, y le causaba sufrimientos insoportables; Teresa decidió matar á Lorenzo por las mismísimas razones.

Planteadas la resolución de un asesinato, calmáronse un poco y tomaron sus disposiciones.

Por otra parte, obraban guiados por la fiebre, y con poca prudencia: no pensaban bien en las probables consecuencias de un asesinato cometido sin tener asegurada la fuga y la impunidad; los dos sentían invenciblemente la necesidad de matarse, y obedecían á esta necesidad como bestias feroces.

Ciertamente no se hubieran entregado á la justicia por su primer crimen, el cual habían disimulado con tanta habilidad, y exponíanse á la guillotina perpetrando otro que no procuraban siquiera ocultar. Había en esto una contradicción de conducta que ellos no veían; decíanse simplemente que, si llegaban á huir, irían á vivir al extranjero, llevándose todo el dinero.

Teresa había retirado hacia unos quince ó veinte días los pocos miles de francos que le quedaban de su dote, y los guardaba encerrados en un cajón, que Lorenzo conocía.

Ninguno de ellos se preocupó un solo instante de lo que sería de la señora Raquín.

Lorenzo había encontrado algunas semanas antes á uno de sus antiguos compañeros de colegio, ayudante á la sazón de un químico célebre, que se ocupaba mucho en toxicología.

Este compañero le había hecho visitar el laboratorio en que trabajaba, enseñándole los aparatos y nombrándole las drogas.

Una noche, después de decidido el asesinato, Lorenzo, como quiera que Teresa bebiese un vaso de agua azucarada, recordó haber visto en aquel laboratorio un frasquito de vidrio, conteniendo ácido prúsico, y recordó también que su amigo le había explicado los terribles efectos de aquel veneno, que mataba dejando pocas señales; pensó que este era el veneno que necesitaba.

Al día siguiente logró escaparse; fué á visitar á su amigo, y en cuanto hubo éste vuelto las espaldas se apoderó del frasco indicado.

Aquel mismo día Teresa aprovechó la ausencia de Lorenzo para hacer afilar un enorme cuchillo de cocina con el cual solían romper terrones de azúcar, y que estaba mellado.

XXXII

El jueves siguiente, la velada en casa de los Raquín, como los amigos continuaban llamando á la casa de sus huéspedes, tuvo una alegría suigéneris, prolongándose hasta las once y media. Grivet, al retirarse, manifestó que jamás había pasado horas más agradables.

Susana, que estaba embarazada, habló toda la noche á Teresa de sus dolores y de sus alegrías, y Teresa parecía escucharla con gran interés teniendo la mirada fija, los labios cerrados; inclinaba la cabeza algunas veces y sus párpados, que se

caían, sombreaban su rostro. Lorenzo, por su parte, prestaba mucha atención á los relatos del viejo Michaud y de Olivier: estos señores no callaron; Grivet apenas lograba colocar una palabra entre las frases del padre y el hijo, verdad es que les tenía cierto respeto pareciéndole que hablaban bien.

Aquella noche la discusión reemplazó al juego, y Lorenzo manifestó ingenuamente que la conversación del antiguo comisario de policía le divertía tanto como una partida de dominó.

Durante los cuatro años que los Michaud y Grivet pasaban las noches de los jueves en casa de los Raquín, ni una sola vez se habían cansado de estas veladas monótonas, que se sucedían con una regularidad enervadora.

Jamás había sospechado, ni por un solo instante, el drama que se desarrollaba en aquella casa, tan apacible y tan grata cuando entraban en ella.

Olivier pretendía ordinariamente, con una bromita de agente policíaco, que el comedor olía á hombre honrado.

Grivet, por no ser menos, le había llamado el Templo de la Paz.

Por dos ó tres veces, en los últimos tiempos, Teresa explicó las señales que surcaban su rostro diciendo á los invitados que se había caído, y ninguno de ellos, en verdad, hubieran creído que eran señales causadas por los puños de Lorenzo.

Estaban convencidos de que la casa de sus huéspedes era un lugar modelo, lleno de dulzura y de amor.

La parálitica no había intentado nuevamente revelarles las infamias que se ocultaban tras la triste tranquilidad de las veladas de los jueves.

Enfrente de las contiendas de los asesinos, adivinando la crisis que debía estallar un día ú otro, traída por la sucesión fatal de los acontecimientos, acabó por comprender que los hechos no tenían necesidad de ella, y desde entonces se separó, dejando obrar á las consecuencias del asesinato de Camilo, que debía matar á su vez á los asesinos.

Únicamente pidió al cielo que le concediese bas-

tante vida para asistir al violento desenlace que ella preveía.

Su último deseo era saciar sus ojos con el espectáculo de los supremos sufrimientos que destrozarían á Teresa y á Lorenzo.

Aquella noche Grivet vino á colocarse junto á ella, y habló detenidamente, haciendo, como de costumbre, las preguntas y las respuestas.

Pero no pudo obtener ni aun una mirada.

Al dar las once y media se retiraron los invita-

—Se está tan bien en vuestra casa—dijo Grivet, —que no piensa uno jamás en salir de aquí.

—El hecho es—apoyó Michaud,—que aquí nunca tengo sueño, y eso que acostumbro á acostarme á las nueve.

Olivier creyó deber dar también su broma.

—Ved ahí—dijo mostrando sus dientes amarillos,—huele á gente honrada en esta habitación; por eso se está en ella tan bien.

Grivet, disgustado de que se le hubiesen anticipado, se puso á declamar, haciendo un gesto enfático:

—¡Esta habitación es el Templo de la Paz!

Durante todo este tiempo Susana se ataba las cintas del sombrero, diciendo á Teresa:

—Vendré mañana por la mañana, á las nueve.

—No— se apresuró á contestar la joven,—no venga usted hasta la tarde... Seguramente saldré por la mañana.

Teresa hablaba con voz extraña, turbada.

Acompañó á los invitados hasta el pasaje y Lorenzo descendió también con una lámpara en la mano.

Luego que los esposos estuvieron solos, exhaló cada cual un suspiro de alivio; impaciencia sorda había debido devorarles durante toda la velada.

Desde la víspera se hallaban más sombríos y más inquietos el uno frente del otro; evitaron mirarse, y subieron silenciosamente; sus manos tenían ligeros estremecimientos convulsivos; Lorenzo tuvo que poner la lámpara sobre la mesa para no dejarla caer

Antes de acostar á la señora Raquín tenían la costumbre de arreglar* el comedor, preparar un vaso de agua azucarada para la noche, moviéndose alrededor de la parálitica hasta que todo estuviese listo.

Cuando aquella noche estuvieron ya arriba, sentáronse un instante, teniendo la mirada vaga y pálidos los labios.

Después de un corto silencio...

—¡Y bien! ¿No nos acostamos?—preguntó Lorenzo, que parecía salir sobresaltado de un sueño.

—Sí, sí, nos acostamos,—respondió Teresa temblando como si tuviese mucho frío.

Levantóse y cogió la jarra.

—Deja—gritó su marido con voz que se esforzaba en fingir natural;—yo prepararé el vaso de agua azucarada... Ocupate tú de tu tía.

Cogió la jarra de manos de su mujer y llenó un vaso de agua.

Después, medio vuelto, vertió el pequeño frasco de vidrio, poniendo un terrón de azúcar.

Durante este tiempo Teresa se había agachado delante del aparador.

Había cogido un cuchillo de cocina y procuraba burlarlo en uno de los grandes bolsillos que pendían de su cintura.

En aquel momento, esa sensación extraña que avisa de la proximidad de un peligro, hizo volver la cabeza de los dos esposos con un movimiento instintivo. Miráronse.

Teresa vió el frasco en las manos de Lorenzo, y éste percibió el blanco resplandor del cuchillo, que brillaba entre los pliegues de la falda de Teresa.

Se examinaron así durante algunos segundos, mudos y fríos; el marido, junto á la mesa, y la mujer doblegada ante el aparador.

Ambos comprendieron; permanecieron helados, encontrando su propio pensamiento en su cómplice.

Leyendo mutuamente su secreto designio en su trastornado semblante, se causaron á la vez piedad y horror.

La señora Raquín, adivinando que el desenlace estaba próximo, les miraba fijamente; de pronto Teresa y Lorenzo prorrumpieron en sollozos.

Destrozóles una crisis suprema, echádoles en brazos uno del otro, débiles como niños.

Parecióles que se despertaba en sus pechos un algo dulce y tierno.

Lloraron sin hablar, pensando en la vida cenagosa que habían arrastrado y que continuarían llevando si tenían la cobardía de seguir viviendo.

Entonces, ante el recuerdo del pasado, sintiéronse de tal modo cansados y hastiados de sí mismos, que experimentaron inmensa necesidad de reposo, de caer en la nada.

Cambiaron una última mirada, una mirada de agradecimiento en presencia del cuchillo y del vaso de veneno: Teresa tomó éste, bebió la mitad y se lo presentó á Lorenzo, que lo acabó de un trago.

Aquello fué un relámpago.

Cayeron el uno sobre el otro como heridos del rayo, hallando, al fin, un consuelo en la muerte.

La boca de la joven fué á chocar contra el cuello de su marido, sobre la cicatriz que habían dejado los dientes de Camilo.

Los cadáveres permanecieron toda la noche sobre el pavimento del comedor, retorcidos, convulsionados, iluminados con resplandores amarillentos por la claridad de la lámpara.

Y durante unas doce horas, hasta el mediodía siguiente, la señora Raquín, rígida y muda, les contempló á sus pies, no pudiendo saciar sus ojos, anonadándoles con miradas abrumadoras.

FIN

